

Galtieri inicia su gestión con cero consenso y también nula "expectativa" (una categoría política argentina aplicada a la opinión pública en los primeros meses de un nuevo gobierno militar). Eliminado el pretexto de la "guerra antiterrorista" sólo queda descarnadamente, el plan estratégico del régimen: reubicar al país en la nueva división mundial del trabajo impuesta por la crisis imperialista mediante la destrucción de su industria local orientada al mercado interno y la especialización en la venta de materias primas. Por lo tanto, olas de quiebras empresarias, desocupación, mantenimiento de los salarios de hambre (las remuneraciones a los trabajadores se redujeron en más de la mitad desde el golpe militar del 24 de marzo de 1976), y su consecuencia necesaria: congelamiento de toda vida política y sindical, mantenimiento de la represión.

Se trata de modificar de raíz y de manera definitiva la estructura sócioeconómica argentina mediante la consolidación del drástico dismantelamiento de sus bases productivas, institucionales y culturales operado en estos últimos años. De ese modo se busca correlativamente garantizar la hegemonía del sector *granmonopólico* en el bloque burgués de poder y minimizar el papel de la clase trabajadora, reducida numéricamente y en su importancia como factor político y productivo. Sobre esa nueva base histórica regresiva sería posible, entonces, reconfigurar una superestructura política e institucional respecto de la cual estuvieran irreversiblemente excluidas y mediatizadas las grandes mayorías populares. En otras palabras: se busca destruir la sociedad argentina históricamente conformada y degradarla a una condición de enclave semicolonial del imperialismo similar a la que sufren territorios como Hong Kong o Formosa.

La claridad con que estos designios se han venido perfilando y poniendo en evidencia en los ya casi cinco años de dicta-

## Argentina El régimen de la destrucción nacional

Eduardo Molina/II y último

dura militar ha generado una creciente unidad social opositora que, sin embargo, carece por el momento de una expresión organizativa y política que sea su cabal representación. Hay mucho más repudio que el que alcanza a manifestarse a través de los canales legales subsistentes y el nivel de movilización autónoma de los sectores populares es aún incipiente tras los estragos causados por la ola terrorista del régimen.

Hace falta, pues, un relativamente largo proceso de recomposición del tejido social argentino para que pueda ser recuperada la rica tradición de lucha de sus trabajadores y de vastos sectores de sus clases medias. La encrucijada hacia la que los empuja la dictadura es la de una unidad forzosa en torno a un único objetivo central: la neutralización de sus planes mediante la resistencia activa y, más adelante, la reconquista de la ofensiva para su derrocamiento. Este es el marco necesario de una lucha que se libra hoy en condiciones profundamente distintas que en el pasado.

La dialéctica del poder no tiene ya en Argentina como protagonistas a dos sectores del bloque hegemónico burgués con la participación muchas veces decisiva de los trabajadores y sectores radicalizados de las capas medias. Hoy es la numéri-

camente minúscula burguesía monopólica financiera y terrateniente, frente al conjunto de los demás sectores sociales argentinos, amenazados de muerte, de pauperización irremediable o de marginación a corto plazo.

Semejante dramática realidad se manifiesta en todas las áreas de la vida argentina, desde su increíble debacle productiva hasta las expresiones culturales, desde las colas en las embajadas para engrosar un éxodo económico que se acerca de los tres millones de emigrantes en un país con apenas 27 millones de personas hasta la prohibición de los tangos de Carlos Gardel y Enrique Santos Discépolo.

Hace casi cinco años todo este plan estratégico de la junta militar comenzó con las medidas económicas aún hoy imperantes (y que el nuevo ministro de economía Roberto Alemán, estrecho colaborador del entonces ministro Martínez de Hoz, se propone reforzar): descenso vertiginoso del salario real, anulación de los aranceles proteccionistas a la importación, liquidación de la industria nacional, aliento a la oligarquía agropecuaria para el incremento de las exportaciones de materias primas, garantías que no logran atraer a una inversión monopólica internacional postergada por la crisis capitalista y por la precariedad del esquema sociopolítico argentino.

Condición inexcusable de dicho plan estratégico fue la implantación del terror de estado que produjo decenas de miles de desaparecidos, de presos políticos sometidos a condición de reclusión infrahumana, de asesinados y de torturados.

Por eso es que frente a la asunción de Galtieri — reafirmación de la arbitrariedad y la impopularidad del régimen — la huelga de hambre de las Madres de Plaza de Mayo alcanzó su más alto valor de denuncia antidictatorial. Ellas son el honor argentino.